

# POR UNA LÁGRIMA DE LA NIETA

C. ROLANDO RAMÍREZ JUÁREZ

Por la ventana abierta penetraba el perfume de las acacias florecidas y el de las dalias. El calor de la tarde, de esa tarde de mayo de 1838, se había quedado suspendido en el aire; se filtraba por entre el polvo de las callejuelas y se agazapaba sobre los tejados de pizarra oscura. El sol reverberaba en las hojas, y como una espiga de oro hendía las aguas verdes y frescas del Sena, que corría indolente, por entre la tierra mansa y fértil, muy próximo a Grand-Bourg.

En la habitación del primer piso, cerca de la ventana, en una poltrona, un anciano descansaba leyendo. La cabeza magnífica, con los cabellos blancos, pulcramente peinados, que coronaban una frente ancha y recia. La nariz patricia y soberbia; los ojos negros, profundos y febriles, guardaban, en un rescoldo de ternura, antiguos relámpagos. Las manos blancas y finas, manos de artista más que de guerrero.

El gabinete era sencillo y limpio. En la pared empapelada, un sable corvo era como un alfanje moro que estuviera descansando después de la jornada santa. Luego, más allá, una cómoda, y encima de ella, un retrato pintado por Madou. Y más lejos, una cama de hierro y un lavamanos completaban el moblaje aseado y sin lujo del cuarto. Desde las habitaciones bajas llegaba un murmullo suave de risas y exclamaciones infantiles, que hacían sonreír al anciano.

De pronto, el llanto de una niña, y luego otro. El anciano se estremeció, levantando la cabeza y mirando hacia la puerta entornada.

-¡Mercedes!... ¡Mercedes Tomasa!... ¿Porqué lloran las niñas?... - preguntó con voz grave y sonora.

Por la escalera trepábase el eco cristalino del llanto de las nietas. Abajo quedaba resonando la voz de la madre amonestando a las pequeñas.

San Martín arrojó el libro sobre la cama; abrió la puerta y preguntó, nervioso:

-Mercedes Tomasa, ¿qué tienen las niñas para que lloren tanto? -mientras contemplaba desde su mirador a la hija unigénita.

Pero por la escalera subía, con sus frágiles piernas, la nieta mayor, Merceditas, la predilecta. Con sus cinco años, era como un pájaro tembloroso que buscara refugio. Y corrió hacia el abuelo complaciente, que la envolvió en los brazos con un gesto tibio y tierno.

-¿Qué tiene, mi niña? ¿Porqué llora la pequeña? Venga, venga con su abuelo, que la adora - y le besó la carita y la seda de los cabellos rubios. En vilo la llevó hasta la poltrona y la sentó en la falda.

“Bueno, bueno, ahora le cuenta al abuelo, que la quiere, las quejas de su enojo -mientras la apretaba contra su pecho agitado.”

-Por culpa de Pepita, mamá me ha castigado... Todo es para Pepita... -sollozaba la nieta.

-Su madre, hijita, sabe muy bien lo que hace- le respondió, y continuó endulzando la voz. - Usted tiene que obedecer, si así lo dice ella, porque es la que manda, ¿me oye? -Y agregó: -No llore más, no llore más, que me hace daño. Venga, yo le daré algunos juguetes para usted sola, pero tendrá que dejar de llorar -mientras se levantaba y se dirigían los dos hacia la cómoda.

De un cajón oculto del mueble sacó varias cajas y estuches atados con cintas multicolores y los fue poniendo sobre la cama. La nieta, inmóvil y ya serenada, seguía con los ojos las manos del abuelo glorioso, que iba volcando sobre la colcha blanca medallas, condecoraciones y escudos. Un ¡oh! de sorpresa moduló la garganta de la niña. Allí estaba, resplandeciente, la heroicidad de un hombre que había llevado la libertad y la justicia por tres naciones.

Tímidamente, la nieta tomó una medalla; luego otra. Pasó sobre ellas los dedos transparentes, diminutos y temblorosos. Y sus ojos claros miraron, temerosos, al abuelo, que, extasiado, la contemplaba.

-¿Son..., son para mí?... -balbuceó.

-¡Todas para ti!- le gritó el abuelo, alzando los brazos con una sonrisa emocionada.

-Abuelo..., abuelo, ¿qué dice aquí? -dijo la niña señalando una inscripción en oro y azul.

-Esta..., ésta, niña de mi alma...- murmuró cerrando los ojos. Y el recuerdo voló en alas del viento...

Allí estaba él, esbelto como un dios antiguo, esa mañana del 28 de julio de 1821, en la Lima virreinal, frente al pueblo insurgente y delirante y a sus granaderos: levantó en alto, como un voto de heroicidad profunda, la bandera del Perú y la mostró al pueblo, cual una paloma heráldica y simbólica, por sobre la cabeza de los soldados y los paisanos. Las voces se alzaron primero con graves resonancias, y después alcanzaron las notas épicas de la exaltación; semejava un torrente que bajara de las montañas. El sol limeño, tibio y luminoso, ponía luces en las pupilas húmedas. ¡Qué día inolvidable, su día de gloria, como protector de un pueblo que él hizo soberano! Luego le entregaron esa medalla de oro, que en el anverso decía: “Lima libre juró su independencia...”

-¿Lloras, abuelito?- le dijo la nieta, mientras le caían sobre la manita gotas calientes.

-No, hijita mía, son tus propias lágrimas.

Tosió nerviosamente queriendo ocultar sus emociones, y agregó:

-Cuando te besaba, tu llanto se quedó en mis ojos, y son ahora tus lágrimas las que se escapan por ellos.

Y la mirada dulce y triste se fue por la ventana y llegó hasta más allá del horizonte.

-¿Y ésta, abuelo?- le preguntó, mostrando un sol radiante que cubría por entero las palmas de las manos diminutas.

-Esa es también para ti.

-No, abuelo, quiero ésta- mientras hacía aflorar por entre los dedos un escudo pequeño.

-Bueno, chiquita mía ésa también es tuya..., y sabes elegir.

Y de nuevo sus ojos se cubrieron con una sutil nostalgia de recuerdos. Sobre el escudo brillaba la libertad de Chile: 12 de febrero de 1817: "La patria en Chacabuco..."

¿Qué? ¿Porqué sigue en su carga temeraria O`Higgins, dejando aislados a sus granaderos? ¿Dónde está Condarco? ¡Condarco, corra y diga a Soler que cargue sobre el flanco enemigo! Corvalán, ¿y esos centauros que han puesto alas a las cabalgaduras de sus gauchos? ¡Pero si son Zapiola y Necochea! ¡Así se pelea por la patria! ¿Y aquellos otros que llevan un vendaval sobre la espalda y un rayo destructor entre los dedos? Son los escuadrones de Escalada, Ramallo y Olazábal.

Y sobre la loma él veía cómo un pueblo generoso renacía a la libertad, enarbolando en su mano la bandera de los Andes...

La nieta rompió de nuevo el encanto de las reminiscencias: y el anciano guerrero, erguido como una lanza india, dejaba que las ensoñaciones llenaran de ternezas su viejo y noble corazón.

-Abuelo, ¿me das esta medalla para mí?

-interrogó la niña con su carita sonriente, mientras le enseñaba una cinta gualda, en cuyo extremo pendía la inolvidable condecoración: "Bailén, 19 de julio de 1808."

-¿Bailén?... Bailén... Bail...

Sobre la loma estaban las águilas imperiales del corso conquistador. Había que llegar hasta allí para herir al soberbio francés en las entrañas mismas ¿Quién es aquel capitán que al frente de los granaderos de Borbón lo destruye todo a su paso, como un huracán enfurecido? ¿Quién? ¡Un indiano, un americano que como puma destroza y desgarrar en la acometida final! El marqués de Coupigny quedó absorto. Nunca había presenciado tanta bravura; y llamó a su ayudante y le dijo: "Recomiende a la admiración de su jefe al señor capitán San Martín. ¡Es un hidalgo y bravo militar!" Y Bailén fue la impotencia del emperador contra un pueblo que amaba su cielo, su bandera y los prestigios de la raza ejemplar, y allí ese capitán indiano obtuvo los cordones de teniente coronel, y allí el destino le reveló la visión de su mensaje místico...

La nieta besó la mano del abuelo y huyó corriendo por la escalera y llevando entre los dedos la cinta gualda y la medalla española, mientras el anciano héroe, en aquella hora del reposo, acariciaba lentamente las medallas diseminadas sobre la colcha blanca.

-Padre, ¿usted le ha dado a Merceditas esta medalla para que jugara? –preguntó la hija, Mercedes Tomasa, desde la puerta del gabinete, mostrando en alto la medalla de Bailén.

El anciano, absorto en sus pensamientos, miraba el paisaje por la ventana abierta; se estremeció al oír la voz de la hija.

-Sí, Mercedes; le he dado a tu hija esas condecoraciones y esas medallas y la han hecho feliz- respondió sin moverse.

-Pero, padre, esos queridos recuerdos siempre han tenido para usted una importancia especial. ¿Cómo ahora se las entrega a la niña?...

-¡Ah, hija mía!... -le interrumpió el padre enfrentándola,- Todas esas cosas juntas valen menos que una lágrima de mi nieta, de mi Merceditas... Vanidades de los hombres, hija mía, que sirvieron para calmar el llanto de la niña... ¿Crees que eso no tiene valor para mi espíritu? He llegado ya a la hora profunda del sosiego, Mercedes Tomasa, a la hora armoniosa del crepúsculo, en que las pasiones están calmadas y los antiguos recuerdos dan lumbre y sol al viejo corazón... ¡Qué importaba el brillo de ese oro y de esa plata, si en los ojos de mi nieta había lágrimas... Déjala que juegue con esos recuerdos, que son mi pasado... Yo ya tengo en vosotras las mejores medallas que me ha dado la vida...

-Tiene razón, padre- Y le dejó un beso en la frente ancha y recia.

El anciano guerrero se volvió hacia la ventana, y su mirada escudriñó la visión de la lejanía, de una lejanía más imaginada que real. Y los afectos dormidos aparecieron como extraña fosforescencia en el horizonte en que dormitaba la tarde. Un cóndor, como una cruz alada, cruzó el cielo y se perdió en la distancia; y él, el guerrero antiguo, que al regreso de la conquista lograda había guardado las armas en la panoplia heráldica, sentía como un deleite que el oro de sus condecoraciones en que ya se cifraban el bronce y el mármol de los ungidos, valía mucho menos que una sola lágrima de su nieta...

*Artículo publicado en una revista de 1950 en los homenajes del centenario del fallecimiento del Padre de la Patria, Gral. Don José de San Martín.*

-----